

Quiroga y sus mágicos relatos: construyendo valores

Un cuento es una novela depurada de ripios

Horacio Quiroga



Autor: Rosario Susana Gamboa Cano y María del Socorro Segura Rodríguez.

Dirigido a: Niños de 7 a 10 años de edad.

Duración: 5 sesiones de 120 minutos.

Objetivo: Acercar a los niños a la obra de Horacio Quiroga, mediante la lectura de sus cuentos de la selva, que los lleve a una mayor comprensión de valores y al mismo tiempo los motive a una convivencia armoniosa, en favor de una construcción social más plena.

Introducción: Pensar en la selva, es imaginar un mundo lleno de aventuras y mejor aún, si es a través de la pluma del gran escritor uruguayo, quien nos ofrece detalles de la selva, debido a que vivió en la zona misionera de Argentina, lo que le significó un vasto conocimiento de su rica fauna. Un cotidiano episodio que quiso compartir con los niños que, según él, tienen algo de exploradores.

Cuentos de la selva, es un fantástico libro que tiene como protagonistas animales y hombres en un maravillosos escenario con bellos paisajes. Fue publicado en 1918 por lo que en este 2018 se celebran 100 años de que vio la luz. Está basado en las historias que Quiroga contaba a sus hijos y es considerado el libro más exitoso de toda su obra infantil. Su lenguaje sencillo logra captar rápidamente la atención del lector, lo que pone de manifiesto su indiscutible maestría de narrador. La naturaleza es el escenario y personaje omnipresente de estos cuentos. Y en medio, la fauna: desde la gigantesca serpiente que declara la guerra al hombre, hasta el indefenso cachorro muerto equivocadamente por la mano de su propio amo. Humor y tragedia se combinan eficazmente en estos cuentos.

Así es sus páginas, uno de los más grandes escritores iberoamericanos nos lleva a imaginar pasar el río Yabebirí con miles de rayas (peces); y más de una vez,

sentir el acecho de un tigre y es cuando en ellas el aire se vuelve amenazante como una tormenta. También hay víboras pero no reptando entre los pastizales, sino danzando vestidas de bailarinas y que además han invitado a todos: ranas, sapos, flamencos y yacarés (cocodrilos). Vemos a una tortuga, esa especie de piedra con cuatro patas que camina, dos coatís, una esbelta y pequeña gama, un loro temerario, una abeja que se le olvidó que las abejas son trabajadoras, entre otros personajes.

Horacio Quiroga viajó desde Buenos Aires hasta el Alto Paraná junto al gran poeta argentino Leopoldo Lugones, con el propósito de conocer lo que quedaba de las misiones jesuitas. No regresó sino años después impresionado por el paisaje de la provincia, por su selva. Se quedó allí, decidido a vivir entre sus árboles y sus matorrales, descubrir a sus criaturas que tan vivamente aparecen en sus relatos, en los que sorprende el mundo palpitante que componen, junto a la espesura vegetal y el suelo intensamente rojo, esa gran diversidad de animales que aprendió a conocer hasta el punto de convertirlos en personajes tan dotados de vida, que parecen desprenderse de las páginas del libro para llegar a nosotros y cobijarse en nuestra memoria

Y como en la selva la quietud es sólo una apariencia porque allí siempre suceden infinidad de cosas y al mismo tiempo, las situaciones protagonizadas por estos inolvidables seres que habitan por igual la realidad y la ficción, son muy variadas, conmovedoras, inquietantes, animadas de diversión y de expectativa, el libro resulta la excusa perfecta para aleccionar a los niños en el camino del bien. Quiroga dibuja un mundo fantástico de animales caracterizados y entrañables con sus antagonistas y sus peligros, sus pequeñas tragedias y sus desenlaces felices. Un mundo en el que el hombre a veces es amigo y otras enemigo. La realidad fabulada y traída de la mano de un excepcional escritor de principios del siglo XX.



Horacio Silvestre Quiroga Forteza nació en Salto, Uruguay, el 31 de diciembre de 1878. Hizo sus estudios en Montevideo, hasta terminar la secundaria, estudios que incluyeron una formación técnica (Instituto Politécnico de Montevideo) y general (Colegio Nacional). Vivió allí hasta los 23 años, cuando luego de matar accidentalmente a su mejor amigo, decidió emigrar a Argentina, país donde vivió hasta su muerte.

Mostró una eterna pasión por el territorio de Misiones y su selva, adonde se asentó en dos oportunidades y cuyo entorno trasladó a la trama de muchos de sus escritos. Sus relatos, a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles, horrorosos, rodeados de enfermedad y sufrimiento para el ser humano, por ello en ocasiones fue comparado con Edgar Allan Poe. La jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos.

Su obra consta de: *Diario de viaje a París* (1900), Único testimonio de su estancia en la capital francesa durante la Exposición Universal; *Los arrecifes de coral* (1901); *El crimen del otro* (1904); *Los perseguidos* (1905), novela breve producto de un viaje con Leopoldo Lugones por la selva; *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917); *Cuentos de la selva* (1918); *El salvaje* (1920); *Las sacrificadas* (1920), cuento escénico de 4 actos, *Anaconda* (1921); *Historia de un amor turbio* (1923), novela romántica escrita casi como un guion cinematográfico; *El desierto* (1924); *Los desterrados* (1926) el libro más aclamado, donde el autor denuncia al hombre como el enemigo de la selva y relata la dura jornada del trabajador de la selva; *Pasado amor* (1929), constituyó el retorno de Quiroga al género de la novela y transmite la intensidad de sus mejores cuentos. *Suelo natal* (1931); y *Más allá* (1935).

Murió en Buenos Aires, Argentina, el 19 de febrero de 1937. Su vida estuvo marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, la culminó por decisión propia, en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer.

Requerimientos:

Copias fotostáticas (plantillas de serpientes, aves, abeja).

Papel Kraft o cartulina.

Resistol.

Tijeras.

Lápices de colores o crayolas.

Pintura vinílica y/o acuarelas.

Hilo de resorte para antifaz y cabeza de serpiente (20 cm. por participante).

1/8 de papel ilustración, cascarón o cartulina por participante.

Pintura digital o para dedos, colores rojo y blanco o durazno para flamencos (azul opcional), marca Crayola o Pelikan.

Diamantina con pegamento Pelikan.

Papel bond verde para hojas, papel crepé, etcétera (decoración del espacio, opcional).

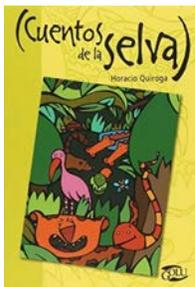
Aquí te presentamos algunas propuestas de escenografía, por si deseas preparar una ambientación para el taller. Puedes consultar las referencias electrónicas, en la bibliografía o desarrollar tus propias ideas.



También, te sugerimos colocar a la entrada o en un lugar que llame la atención, el acervo de tu biblioteca con la obra de Horacio Quiroga, alguna imagen y su biografía. Así como algún cartel que haga referencia a la conmemoración de los 100 años de *Cuentos de la selva* (1918).

Puedes complementar tu taller, ambientando con sonidos de la selva en aquellas actividades que consideres adecuadas.

Sesión 1: *Cuentos de la selva*



Es un libro de cuentos para niños del escritor uruguayo Horacio Quiroga, publicado en 1918 en Buenos Aires. La selva es el escenario y personaje omnipresente de estos cuentos. Por ese entonces, Quiroga decide abandonar la comodidad del ambiente urbano para instalarse en la selva misionera. Ésta, con su violencia natural incontenible, frente al hombre, aliado a veces, destructor las más, de esa naturaleza salvaje. El libro consta de ocho relatos: La tortuga gigante, Las medias de los flamencos, El loro pelado, La guerra de los yacarés, La gama ciega, Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre, El paso del Yabebirí y La abeja haragana.

Informa al grupo que durante este taller podrán conocer 5 de los 8 fantásticos relatos que el cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo escribió para los niños hace 100 años, pero que sigue siendo de una actualidad asombrosa, ya que presenta una visión ecologista e identificada con la naturaleza y el hombre. Se trata de una lectura amena, apasionada y didáctica, no sólo para los chicos, sino también para los adultos.

Actividad de expresión creativa: Marionetas de dedos

Luego de dar la bienvenida explica a los niños que elaborarán una marioneta de dedos en forma de serpiente. Para ello, entregarás una copia fotostática (Anexo 1). Si lo desea puedes reducir las plantillas (vienen dos en cada hoja). Pide que la decoren a su gusto y recorten por el contorno. Luego, que peguen los lados de la cara de la serpiente (como en la foto) para formar una cabeza 3D, así como las

pestañas laterales en anillos para poder colocárselas en los dedos, procurando que queden holgados para que no se rompan.



Ahora, cada participante se presentará y dará nombre a su serpiente. Expondrá toda la información de su personaje (qué come, dónde habita, cuántos años vive) y se la colocará en su dedo. Diles que al final de la lectura podrán jugar un poco con su marioneta.

Actividad de lectura

Antes de realizar la lectura completa *Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombres*, explica a los niños qué es un coatí para que tengan idea de cómo son los personajes del cuento. Informa que se trata de un mamífero del orden de los carnívoros, de color rojizo o gris amarillento, cabeza alargada con hocico prominente y cola muy larga; vive en América y es omnívoro y arborícola. Los coatíes, que pertenecen a la misma familia que los mapaches, se crían en cautiverio aunque en general se muestran poco amistosos.

Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombres

Había una vez un coatí que tenía tres hijos. Vivían en el monte comiendo frutas, raíces y huevos de pajaritos. Cuando estaban arriba de los árboles y sentían un gran ruido, se tiraban al suelo de cabeza y salían corriendo con la cola levantada. Una vez que los coaticitos fueron un poco grandes, su madre los reunió un día arriba de un naranjo y les habló así:

—Coaticitos: ustedes son bastante grandes para buscarse la comida solos. Deben aprenderlo, porque cuando sean viejos andarán siempre solos, como todos los coatís. El mayor de ustedes, que es muy amigo de cazar cascarudos, puede encontrarlos entre los palos podridos, porque allí hay muchos cascarudos y cucarachas. El segundo, que es gran comedor de frutas, puede encontrarlas en este naranjal; hasta diciembre habrá naranjas. El tercero, que no quiere comer sino huevos de pájaros, puede ir a todas partes, porque en todas partes hay nidos de pájaros. Pero que no vaya nunca a buscar nidos al campo, porque es peligroso. “Coaticitos hay una sola cosa a la cual deben tener gran miedo. Son los perros. Yo peleé una vez con ellos, y sé lo que les digo; por eso tengo un diente roto. Detrás de los perros vienen siempre los hombres con un gran ruido, que mata. Cuando oigan cerca este ruido, tírense de cabeza al suelo, por alto que sea el árbol. Si no lo hacen así, los matarán con seguridad de un tiro”.

Así habló la madre. Todos se bajaron entonces y se separaron, caminando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si hubieran perdido algo, porque así caminan los coatís. El mayor, que quería comer cascarudos, buscó entre los palos podridos y las hojas de los yuyos, y encontró tantos, que comió hasta quedarse dormido. El segundo, que prefería las frutas a cualquier cosa, comió cuantas naranjas quiso, porque aquel naranjal estaba dentro del monte, como pasa en el Paraguay y Misiones, y ningún hombre vino a incomodarlo. El tercero, que era loco por los huevos de pájaros, tuvo que andar todo el día para encontrar únicamente dos nidos; uno de tucán, que tenía tres huevos, y uno de tórtolas, que tenía sólo dos. Total, cinco huevos chiquitos, que era muy poca comida; de modo que al caer la tarde el coaticito tenía tanta hambre como de mañana, y se sentó muy triste a la orilla del monte. Desde allí veía el campo, y pensó en la recomendación de su madre.

—¿Por qué no querrá mamá —se dijo— que vaya a buscar nidos en el campo?

Estaba pensando así cuando oyó, muy lejos, el canto de un pájaro.

—¡Qué canto tan fuerte! —dijo admirado—. ¡qué huevos tan grandes debe tener ese pájaro!

El canto se repitió. Y entonces el coatí se puso a correr por entre el monte, cortando camino, porque el canto había sonado muy a su derecha. El sol caía ya, pero el coatí volaba con la cola levantada. Llegó a la orilla del monte, por fin, y miró al campo. Lejos vio la casa de los hombres, y vio a un hombre con botas que llevaba un caballo de la sogá. Vio también un pájaro muy grande que cantaba y entonces el coaticito se golpeó la frente y dijo:

—¡Qué zonzo soy! Ahora ya sé qué pájaro es ése. Es un gallo; mamá me lo mostró un día de arriba de un árbol. Los gallos tienen un canto lindísimo, y tienen muchas gallinas que ponen huevos. ¡Si yo pudiera comer huevos de gallina!...

Es sabido que nada gusta tanto a los bichos chicos de monte como los huevos de gallina. Durante un rato el coaticito se acordó de la recomendación de su madre. Pero el deseo pudo más, y se sentó a la orilla del monte, esperando que cerrara bien la noche para ir al gallinero. La noche cerró por fin, y entonces, en puntas de pie y paso a paso, se encaminó a la casa. Llegó allá y escuchó atentamente: no se sentía el menor ruido. El coaticito, loco de alegría porque iba a comer cien, mil, dos mil huevos de gallina, entró en el gallinero, y lo primero que vio bien en la entrada fue un huevo que estaba solo en el suelo. Pensó un instante en dejarlo para el final, como postre, porque era un huevo muy grande, pero la boca se le hizo agua, y clavó los dientes en el huevo. Apenas lo mordió, ¡TRAC!, un terrible golpe en la cara y un inmenso dolor en el hocico.

—¡Mamá, mamá! —gritó, loco de dolor, saltando a todos lados. Pero estaba sujeto, y en ese momento oyó el ronco ladrado de un perro. Mientras el coatí esperaba en la orilla del monte que cerrara bien la noche para ir al gallinero, el hombre de la casa jugaban sobre la gramilla con sus hijos, dos criaturas rubias de cinco y seis años, que corrían riendo, se caían, se levantaban riendo otra vez, y volvían a caerse. El padre se caía también, con gran alegría de los chicos. Dejaron por fin de jugar porque ya era de noche, y el hombre dijo entonces:

—Voy a poner la trampa para cazar a la comadreja que viene a matar los pollos y robar los huevos. Y fue y armó la trampa. Después comieron y se acostaron. Pero las criaturas no tenían sueño, y saltaban de la cama del uno a la del otro y se enredaban en el camisón. El padre, que leía en el comedor, los dejaba hacer. Pero los chicos de repente se detuvieron en sus saltos y gritaron:

—¡Papá! ¡Ha caído la comadreja en la trampa! ¡Tuké está ladrando! ¡Nosotros también queremos ir, papá! El padre consintió, pero no sin que las criaturas se pusieran las sandalias, pues nunca los dejaba andar descalzos de noche, por temor a las víboras.

Fueron. ¿Qué vieron allí? Vieron a su padre que se agachaba, teniendo al perro con una mano, mientras con la otra levantaba por la cola a un coatí, un coaticito chico aún, que gritaba con un chillido rapidísimo y estridente, como un grillo.

—¡Papá, no lo mates! —dijeron las criaturas—. ¡Es muy chiquito! ¡Dánoslo para nosotros!

—Bueno, se los voy a dar —respondió el padre—. Pero cuídenlo bien, y sobre todo no se olviden de que los coatís toman agua como ustedes.

Esto lo decía porque los chicos habían tenido una vez un gatito montés al cual a cada rato le llevaban carne, que sacaban de la fiamblera pero nunca le dieron agua, y se murió. En consecuencia, pusieron al coatí en la misma jaula del gato montés, que estaba cerca del gallinero, y se acostaron todos otra vez. Y cuando era más de medianoche y había un gran silencio, el coaticito, que sufría mucho por los dientes de la trampa, vio, a la luz de la luna, tres sombras que

se acercaban con gran sigilo. El corazón le dio un vuelco al pobre coaticito al reconocer a su madre y sus dos hermanos que lo estaban buscando.

—¡Mamá, mamá! —murmuró el prisionero en voz muy baja para no hacer ruido—. ¡Estoy aquí! ¡Sáquenme de aquí! ¡No quiero quedarme, ma... má! —y lloraba desconsolado. Pero a pesar de todo estaban contentos porque se habían encontrado, y se hacían mil caricias en el hocico. Se trató en seguida de hacer salir al prisionero. Probaron primero cortar el alambre tejido, y los cuatro se pusieron a trabajar con los dientes; mas no conseguían nada. Entonces a la madre se le ocurrió de repente una idea, y dijo:

—¡Vamos a buscar las herramientas del hombre! Los hombres tienen herramientas para cortar fierro. Se llaman limas. Tienen tres lados como las víboras de cascabel. Se empuja y se retira. ¡Vamos a buscarla!

Fueron al taller del hombre y volvieron con la lima. Creyendo que uno solo no tendría fuerzas bastantes, sujetaron la lima entre los tres y empezaron el trabajo. Y se entusiasmaron tanto, que al rato la jaula entera temblaba con las sacudidas y hacía un terrible ruido. Tal ruido hacía, que el perro se despertó, lanzando un ronco ladrido. Mas los coatis no esperaron a que el perro les pidiera cuenta de ese escándalo y dispararon al monte, dejando la lima tirada.

Al día siguiente, los chicos fueron temprano a ver a su nuevo huésped, que estaba muy triste.

—¿Qué nombre le pondremos? —preguntó la nena a su hermano.

—¡Ya sé! —respondió el varoncito—. ¡Le pondremos Diecisiete!

¿Por qué Diecisiete? Nunca hubo bicho del monte con nombre más raro. Pero el varoncito estaba aprendiendo a contar, y tal vez le había llamado la atención aquel número. El caso es que se llamó Diecisiete. Le dieron pan, uvas, chocolate, carne, langostas, huevos, riquísimos huevos de gallina, lograron que en un solo día se dejara rascar la cabeza; y tan grande es la sinceridad del cariño de las criaturas, que, al llegar la noche, el coati estaba casi resignado con su cautiverio. Pensaba a cada momento en las cosas ricas que había para comer allí, y pensaba en aquellos rubios cachorritos de hombre que tan alegres y buenos eran. Durante dos noches seguidas, el perro durmió tan cerca de la jaula, que la familia del prisionero no se atrevió a acercarse, con gran sentimiento. Cuando a la tercera noche llegaron de nuevo a buscar la lima para dar libertad al coaticito, éste les dijo:

—Mamá: yo no quiero irme más de aquí. Me dan huevos y son muy buenos conmigo. Hoy me dijeron que si me portaba bien me iban a dejar suelto muy pronto. Son como nosotros son cachorritos también, y jugamos juntos. Los coatis salvajes quedaron muy tristes, pero se resignaron, prometiendo al coaticito venir todas las noches a visitarlo. Efectivamente, todas las noches, lloviera o no, su madre y sus hermanos iban a pasar un rato con él. El coaticito les daba pan por entre el tejido de alambre, y los coatis salvajes se sentaban a comer frente a la jaula. Al cabo de quince días, el coaticito andaba suelto y él mismo se iba de noche a su jaula. Salvo algunos tirones de orejas que se llevaba por andar muy cerca del gallinero, todo marchaba bien. Él y las criaturas se querían mucho, y los mismos coatis salvajes, al ver lo buenos que eran aquellos cachorritos de hombre, habían concluido por tomar cariño a las dos criaturas. Hasta que una noche muy oscura, en que hacía mucho calor y tronaba, los coatis salvajes llamaron al coaticito y nadie les respondió. Se acercaron muy inquietos y vieron entonces, en el momento en que casi la pisaban, una enorme víbora que estaba enroscada en la entrada de la jaula. Los coatis comprendieron en seguida que el coaticito había sido mordido al entrar, y no había respondido a su llamado porque acaso estaba ya muerto. Pero lo iban a vengar bien. En un segundo, entre los tres, enloquecieron a la serpiente de cascabel, saltando de aquí para allá, y en otro segundo, cayeron sobre ella, deshaciéndole la cabeza a mordiscones.

Corrieron entonces adentro, y allí estaba en efecto el coaticito, tendido, hinchado, con las patas temblando y muriéndose. En balde los coatis salvajes lo movieron; lo lamieron en balde por todo el cuerpo durante un cuarto de hora. El coaticito abrió por fin la boca y dejó de respirar, porque estaba muerto. Los coatis son casi refractarios como se dice, al veneno de las víboras. No les hace casi nada el veneno, y hay otros animales, como la mangosta que resisten muy bien el veneno de las víboras. Con toda seguridad el coaticito había sido mordido en una arteria o una vena porque entonces la sangre se envenena en seguida, y el animal muere. Esto le había pasado al coaticito. Al verlo así, su madre y sus hermanos lloraron un largo rato. Después, como nada más tenían que hacer allí, salieron de la jaula, se dieron vuelta para mirar por última vez la casa donde tan feliz había sido el coaticito, y se fueron otra vez al monte. Pero los tres coatis, sin embargo, iban muy

preocupados, y su preocupación era ésta: ¿qué iban a decir los chicos, cuando, al día siguiente, vieran muerto a su querido coaticito? Los chicos le querían muchísimo, y ellos, los coatís, querían también a los cachorritos rubios. Así es que los tres coatís tenían el mismo pensamiento, y era evitarles ese gran dolor a los chicos. Hablaron un largo rato y al fin decidieron lo siguiente: el segundo de los coatís, que se parecía muchísimo al menor en cuerpo y en modo de ser, iba a quedarse en la jaula en vez del difunto. Como estaban enterados de muchos secretos de la casa, por los cuentos del coaticito, los chicos no desconocerían nada; extrañarían un poco algunas cosas, pero nada más. Y así pasó en efecto. Volvieron a la casa, y un nuevo coaticito, reemplazó al primero, mientras la madre y el otro hermano se llevaban sujetos a los dientes el cadáver del menor. Lo llevaron despacio al monte, y la cabeza colgaba, balanceándose, y la cola iba arrastrando por el suelo.

Al día siguiente los chicos extrañaron, efectivamente, algunas costumbres raras del coaticito. Pero como éste era tan bueno y cariñoso como el otro, las criaturas no tuvieron la menor sospecha. Formaron la misma familia de cachorritos de antes, y, como antes, los coatís salvajes venían noche a noche a visitar al coaticito civilizado, y se sentaban a su lado a comer pedacitos de huevos duros que él les guardaba, mientras ellos le contaban la vida de la selva.

Actividad de escritura creativa: La fuerza de mi familia

Muestra la siguiente imagen y pide que luego de que la observen bien, escriban en una hoja qué recuerdos les trae. Si encuentran alguna semejanza con sus familias y que expliquen cuáles valores encontraron en la historia que leíste.



Solicita que lean sus escritos y lleva a los niños a que reflexionen sobre los valores que identificaron en el cuento. Entre ellos: el amor de una madre al prevenirlos de los peligros lejos de casa; la bondad: cuando los humanos acogen al coaticito como su mascota dándole de comer y cuidándolo; la perseverancia de la mamá coaticito cuando trató de liberar a su cachorro sin rendirse, pero él no quiso que lo sacaran de su cautiverio; la compasión: cuando el cazador le perdonó la vida y lo tomaron como mascota.

Cierre

Actividad recreativa: Carrera de serpientes

Una vez que hayas terminado la lectura, llévalos a un espacio libre (el jardín o

patio de la biblioteca) a realizar una dinámica recreativa, en la que puedan jugar con sus reptiles que elaboraron al inicio de la sesión. Ofréceles información curiosa sobre éstos, como que existen especies voladoras, que a pesar de que pasan largos periodos sin comer, siguen creciendo; o que existen unas 2 mil 500 especies distintas y un tercio de ellas son venenosas. Pide que intenten arrastrarlas en el piso. Puedes organizar una carrera de serpientes. Agradece su participación e invítalos a la siguiente sesión en la que escucharán otra fascinante historia de la selva.

Sesión 2: La tortuga gigante



Da la bienvenida e informa a los participantes que hoy conocerán otro relato de Horacio Quiroga. Se trata del primer cuento de su libro y narra la historia de un hombre muy sano, preocupado y trabajador y una tortuga gigante con el peso de un humano, amable y que puede hablar con otros animales. Pide que pongan mucha atención, porque al final compartirán sus reflexiones sobre los valores que identificaron en la lectura.

Actividad de expresión lúdica (primera parte): Rompecabezas

Entrega a cada participante una plantilla de la tortuga gigante (Anexo 2). Explica que la primera parte de esta actividad consiste en recortar, armar e iluminar el rompecabezas. La segunda será una escritura creativa que harán una vez que termines de leer la historia.



Actividad de lectura

La tortuga gigante

Había una vez un hombre que vivía en Buenos Aires y estaba muy contento porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. Él no quería ir porque tenía hermanos chicos a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del Zoológico, le dijo un día: —Usted es amigo mío, y es un hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir

al monte, a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traerme los cueros, y yo le daré plata adelantada para que sus hermanitos puedan comer bien. El hombre enfermo aceptó, y se fue a vivir al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Hacía allá mucho calor, y eso le hacía bien. Vivía solo en el bosque, y él mismo se cocinaba. Comía pájaros y bichos del monte, que cazaba con la escopeta, y después comía frutas. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo construía en cinco minutos una ramada con hojas de palmera, y allí pasaba sentado y fumando, muy contento en medio del bosque que bramaba con el viento y la lluvia. Había hecho un atado con los cueros de los animales, y los llevaba al hombro. Había también agarrado, vivas, muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate, porque allá hay mates tan grandes como una lata de querosene. El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día en que tenía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vio a la orilla de una gran laguna un tigre enorme que quería comer una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre el tigre lanzó un rugido espantoso y se lanzó de un salto sobre él. Pero el cazador que tenía una gran puntería le apuntó entre los dos ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó el cuero, tan grande que él solo podría servir de alfombra para un cuarto. —Ahora-se dijo el hombre— voy a comer tortuga, que es una carne muy rica. Pero cuando se acercó a la tortuga, vio que estaba ya herida, y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne. A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando con una soga hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmensa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre. La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse. El hombre la curaba todos los días, y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo. La tortuga sanó por fin. Pero entonces fue el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre y le dolía todo el cuerpo. Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre. —Voy a morir— dijo el hombre. Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quién me dé agua, siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed. Y al poco rato la fiebre subió más aun, y perdió el conocimiento. Pero la tortuga lo había oído y entendió lo que el cazador decía. Y ella pensó entonces: —El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo lo voy a curar a él ahora. Fue entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza la llenó de agua y le dio de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta y se moría de sed. Se puso a buscar en seguida raíces ricas y yuyitos tiernos, que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque tenía delirio con la fiebre y no conocía a nadie. Todas las mañanas, la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas. El cazador comió así días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento. Miró a todos lados, y vio que estaba solo pues allí no había más que él y la tortuga; que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta: —Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí. Y como él lo había dicho, la fiebre volvió esa tarde, más fuerte que antes, y perdió de nuevo el conocimiento. Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo: -Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios, y tengo que llevarlo a Buenos Aires. Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas, acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no se cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta, los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje. La tortuga, cargada así, caminó, caminó y caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una legua de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de ocho o diez horas de caminar se detenía y deshacía los nudos y acostaba al hombre con mucho cuidado en un lugar donde hubiera pasto bien seco. Iba entonces a buscar agua y raíces tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir. A veces tenía que caminar al sol; y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: ¡agua!, ¡agua! a

cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber. Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también cada día la tortuga se iba debilitando, cada día tenía menos fuerza, aunque ella no se quejaba. A veces quedaba tendida, completamente sin fuerzas, y el hombre recobraba a medias, el conocimiento. Y decía, en voz alta: —Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y sólo en Buenos Aires me podría curar. Pero voy a morir aquí, solo en el monte. El creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino. Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas, y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada. Cuando cayó del todo la noche, vio una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba todo el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para morir junto con el cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella. Y, sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje. Pero un ratón de la ciudad —posiblemente el ratoncito Pérez— encontró a los dos viajeros moribundos. —¡Qué tortuga! —dijo el ratón—. Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, que es? ¿Es leña? —No— le respondió con tristeza la tortuga. Es un hombre. —¿Y dónde vas con ese hombre? —añadió el curioso ratón. —Voy... voy... Quería ir a Buenos Aires—respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía. Pero vamos a morir aquí porque nunca llegaré... —¡Ah, zonza, zonza! —dijo riendo el ratoncito. ¡Nunca vi una tortuga más zonza! ¡Si ya has llegado a Buenos Aires! Esa luz que ves allá es Buenos Aires. Al oír esto, la tortuga se sintió con una fuerza inmensa porque aún tenía tiempo de salvar al cazador, y emprendió la marcha. Y cuando era de madrugada todavía, el director del Jardín Zoológico vio llegar a una tortuga embarrada y sumamente flaca, que traía acostado en su lomo y atado con enredaderas, para que no se cayera, a un hombre que se estaba muriendo. El director reconoció a su amigo, y él mismo fue corriendo a buscar remedios, con los que el cazador se curó en seguida. Cuando el cazador supo cómo lo había salvado la tortuga, cómo había hecho un viaje de trescientas leguas para que tomara remedios no quiso separarse más de ella. Y como él no podía tenerla en su casa, que era muy chica, el director del Zoológico se comprometió a tenerla en el Jardín, y a cuidarla como si fuera su propia hija. Y así pasó. La tortuga, feliz y contenta con el cariño que le tienen, pasea por todo el jardín, y es la misma gran tortuga que vemos todos los días comiendo el pastito alrededor de las jaulas de los monos. El cazador la va a ver todas las tardes y ella conoce desde lejos a su amigo, por los pasos. Pasan un par de horas juntos, y ella no quiere nunca que él se vaya sin que le dé una palmadita de cariño en el lomo.

Actividad de escritura creativa (segunda parte): Escribe el final

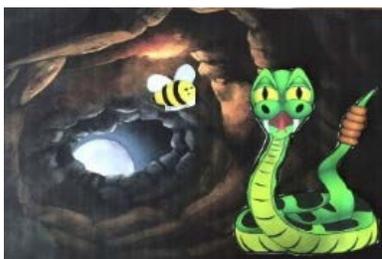
Te sugerimos que al realizar la lectura, no cuentes en qué termina el cuento, con el objetivo de generar en los niños la motivación para que ellos escriban su propio final. Para ello solicita que lo realicen en la parte posterior de su rompecabezas y lo compartan. Concluye la actividad narrando el final que presentó el autor.

Cierre

Para finalizar, propicia una tertulia en la que expresen qué fue lo que aprendieron del relato. Reitera que en todos los cuentos de Horacio Quiroga, se pueden observar valores que se reflejan a través de la actitud que toma cada uno de los protagonistas, entre ellos: **Amistad**: por el vínculo entre la tortuga y el hombre cuando se conocieron; **Bondad**: una vez que el hombre enferma y la tortuga lo lleva al hospital para que un médico lo cure; **Solidaridad**: el hombre ayudó a la tortuga y ella en respuesta también hace lo propio con él.

Agradece su asistencia y pide que pregunten en casa qué significa la palabra “haragana”, porque mañana conocerán una historia donde el personaje principal tiene esas características.

Sesión 3: La abeja haragana



Da la bienvenida y antes de la lectura propicia una lluvia de ideas con respecto al significado de la palabra “haragana” que preguntaron en casa. Con la respuesta y leyendo el título, pregunta ¿De qué creen que tratará el cuento? ¿Cómo creen que este personaje se comporte en la historia?

Actividad de lectura

La abeja haragana

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar, es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida y tienen el lomo pelado porque han perdido todos los pelos de rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

—Compañera: es necesario que trabajes, porque las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.

—No es cuestión de que te canses mucho —respondieron—, sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió enseguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días -le respondieron-sino mañana mismo. Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

—¡Sí, sí hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido —le respondieron—, sino de que trabajes. Hoy es 19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora, pasa.

Y diciendo esto, se apartaron para dejarla entrar.

Pero el 20 de abril pasó en vano como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allí dentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—¡No se entra! —le dijeron fríamente.

—¡Yo quiero entrar! —clamó la abejita—. Esta es mi colmena.

—Esta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras -le contestaron las otras-. No hay entrada para las haraganas.

—¡Mañana sin falta voy a trabajar! -insistió la abejita.

—No hay mañana para las que no trabajan -respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y diciendo esto la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

—¡Ay, mi Dios! —clamó desamparada—. Va a llover, y me voy a morir de frío.

Y tentó a entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

—¡Perdón! —gimió la abeja—. ¡Déjenme entrar!

—Ya es tarde —le respondieron.

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

—Es más tarde aún.

—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró hasta que de pronto rodó por un agujero: cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color amarillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

—¡Adiós mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

—¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

—Es cierto -murmuró la abeja-. No trabajo, y yo tengo la culpa.

—Siendo así -agregó la culebra, burlona-, voy a quitar del mundo aun mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

—¡No es justo eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.

—¡Ah, ah! —exclamó la culebra, enroscándose ligero—. ¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los hombres que les quitan la miel a ustedes son más justos, grandísima tonta?

—No, no es por eso que nos quitan la miel —respondió la abeja.

—¿Y por qué, entonces?

—Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír, exclamando:

—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; apróntate.

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero esta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo menos inteligente que tú, mosca? —se rió la culebra.

—Así es —afirmó la abeja.

—Pues bien —dijo la culebra—, vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. La que haga la prueba más rara, esa gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo? —preguntó la abejita.

—Si ganas tú —repuso su enemiga—, tienes el derecho de pasar la noche aquí hasta que sea de día. ¿Te conviene?

—Aceptado —contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucalipto.

—Eso es lo que voy a hacer —dijo la culebra—. ¡Fíjate bien, atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito. Pero cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como —exclamó la culebra. —Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que nadie hace.

—¿Qué es eso?

—Desaparecer.

—¿Cómo? —exclamó la culebra, dando un salto de sorpresa—. ¿Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí.

—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—Pues bien, ¡hazlo! Y si no lo haces, te como enseguida —dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:

—Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta y contar hasta tres. Cuando diga “tres”, búsqieme por todas partes, ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: “uno... dos... tres”, y se volvió y abrió la boca cuan grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba? No había modo de hallarla.

—¡Bueno! —exclamó por fin—. Me doy por vencida. ¿Dónde estás? Una voz que apenas se oía —la voz de la abejita— salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada? —dijo la voz—. ¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí —respondió la culebra—. Te lo juro. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraran, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de este fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla. Fue una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río adentro.

Hacía mucho frío, además, y adentro reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y esta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche tras noche en la colmena, bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en solo una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fue, en efecto. En adelante, ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia, sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez de mi inteligencia, y fue para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche.

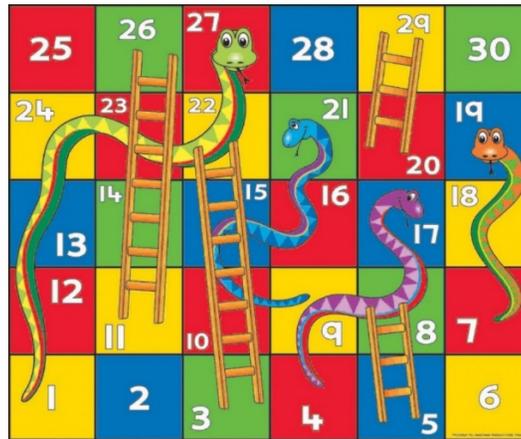
“Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos —la felicidad de todos— es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.”

Actividad lúdica: “Serpientes y escaleras”

Te sugerimos que con el juego de mesa “Serpientes y escaleras” realices esta actividad. Así que prepara un tablero, dados y fichas. Existen diferentes modelos que podrás obtener en la papelería o si deseas imprimir alguno de Internet, como el que te ofrecemos (Anexo 3). Eso lo dejamos a tu elección. Elabora tarjetas con preguntas y castigos para que puedas realizar el juego. Ejemplo:

1. Se dice que las abejas son insectos muy trabajadores, cómo piensas que se organizan:
 - a. Individualmente, b) en equipo, c) contratan otros insectos.
2. Una de las tareas más importantes de las abejas es:
 - a. Picar a las personas, b) buscar comida en la basura, c) recolectar polen para hacer miel.
3. En qué momento de su aventura la abeja aprende el valor de la honestidad:

- a. Las abejas guardianas reconocen que en una noche aprendió una dura lección, b) cuando la expulsan de la colmena c) cuando conoce a la serpiente en la cueva.
4. ¿Dónde identificas el valor de la solidaridad?
 - a. Cuando las abejas se quejan de que no trabaja, b) En el consejo de la abeja haragana a las demás, c) cuando la abejita voló y lloró en silencio frente a la colmena.



Actividad de expresión creativa: representación teatral

Con toda la información sobre ambos personajes, divide al grupo en parejas para que cada uno los represente. Entrega a cada uno sus materiales: serpiente y antifaz de abeja con su respectivo resorte (Anexo 4). Pide que las coloreen y que posteriormente escriban un diálogo diferente al que escribió el autor, preferentemente que incluya un principio, un nudo y un desenlace. Se trata de que ellos escriban su propia historia.



Cierre

Ahora prepara el espacio para que lleven a cabo su representación y todos puedan escuchar sus diálogos. Concluye la sesión con la reflexión del trabajo en equipo.

Sesión 4: El loro pelado



Da la bienvenida a los niños y platica con ellos sobre los loros. Puedes comentar que se trata de aves fascinantes, que tienen un bello, elegante y colorido plumaje, un pico curvo y son capaces de imitar sonidos y algunas palabras. También son muy inteligentes, tienen patas zigodáctilas (parece nombre de dinosaurio volador), pero esta característica se aplica a aquellas especies de aves con cuatro dedos: dos adelante y dos atrás. Los

loros pertenecen a la familia de las Psitaciformes, las cuales incluyen más de 350 especies, incluyendo: Pericos, Guacamayas y Cacatúas.

Actividad de expresión creativa: Aves multicolores

Informa que elaborarán unas mágicas marionetas en forma de aves “Dedos voladores”. Para ello, entrega a cada participante una plantilla (Anexo 5). Luego guíalos para su armado.



Primero que decoren sus aves, recorten por el contorno. Luego que peguen ambos lados de los picos. Enrollen y peguen la parte del cuerpo (su dedo índice debe caber dentro cómodamente). Posteriormente, formen un anillo de papel que se ajuste sin apretar alrededor de la parte superior del dedo índice y pegarlo dentro de la cabeza del pájaro, el cual deberá moverse con facilidad. Al final, pegarán las alas a la parte posterior del cuerpo y doblarán hacia atrás. Se moverán cuando muevas tu mano hacia arriba y hacia abajo. Para el flamenco,

una opción es pegar las alas hacia atrás para que permanezcan como alas dobladas, si lo deseas.

Actividad de lectura

El loro pelado

Había una vez una banda de loros que vivía en el monte. De mañana temprano iban a comer choclos a la chacra, y de tarde comían naranjas. Hacían gran barullo con sus gritos, y tenían siempre un loro de centinela en los árboles más altos, para ver si venía alguien. Los loros son tan dañinos como la langosta, porque abren los choclos para picotearlos, los cuales, después, se pudren con la lluvia. Y como al mismo tiempo los loros son ricos para comer guisados, los peones los cazaban a tiros.

Un día un hombre bajó de un tiro a un loro centinela, el que cayó herido y peleó un buen rato antes de dejarse agarrar. El peón lo llevó a la casa, para los hijos del patrón, los chicos lo curaron porque no tenía más que un ala rota. El loro se curó muy bien, y se amansó completamente. Se llamaba Pedrito. Aprendió a dar la pata; le gustaba estar en el hombro de las personas y con el pico les hacía cosquillas en la oreja.

Vivía suelto, y pasaba casi todo el día en los naranjos y eucaliptos del jardín. Le gustaba también burlarse de las gallinas. A las cuatro o cinco de la tarde, que era la hora en que tomaban el té en la casa, el loro entraba también en el comedor, y se subía con el pico y las patas por el mantel, a comer pan mojado en leche. Tenía locura por el té con leche.

Tanto se daba Pedrito con los chicos, y tantas cosas le decían las criaturas, que el loro aprendió a hablar. Decía: "¡Buen día. lorito!..." "¡Rica la papa!..." "¡Papa para Pedrito!..." Decía otras cosas más que no se pueden decir, porque los loros, como los chicos, aprenden con gran facilidad malas palabras.

Cuando llovía, Pedrito se encrespaba y se contaba a sí mismo una porción de cosas, muy bajito. Cuando el tiempo se componía, volaba entonces gritando como un loco.

Era, como se ve, un loro bien feliz, que además de ser libre, como lo desean todos los pájaros, tenía también, como las personas ricas, su five o'clock tea.

Ahora bien: en medio de esta felicidad, sucedió que una tarde de lluvia salió por fin el sol después de cinco días de temporal, y Pedrito se puso a volar gritando:

—"¡Qué lindo día, lorito!... ¡Rica papa!... ¡La pata, Pedrito!..." —y volaba lejos, hasta que vio debajo de él, muy abajo, el río Paraná, que parecía una lejana y ancha cinta blanca. Y siguió, siguió, siguió volando, hasta que se asentó por fin en un árbol a descansar.

Y he aquí que de pronto vio brillar en el suelo, a través de las ramas, dos luces verdes, como enormes bichos de luz.

—¿Qué será?-se dijo el loro-. "¡Rica, papa!..." ¿Qué será eso?... "¡Buen día, Pedrito!..."

El loro hablaba siempre así, como todos los loros, mezclando las palabras sin ton ni son, y a veces costaba entenderlo. Y como era muy curioso, fue bajando de rama en rama, hasta acercarse. Entonces vio que aquellas dos luces verdes eran los ojos de un tigre que estaba agachado, mirándolo fijamente.

Pero Pedrito estaba tan contento con el lindo día, que no tuvo ningún miedo.

—¡Buen día, tigre!-le dijo-. "¡La pata, Pedrito!..."

Y el tigre, con esa voz terriblemente ronca que tiene le respondió:

—¡Bu-en-día!

-¡Buen día, tigre! -repitió el loro-. "¡Rica papa!... ¡rica papa!... ¡rica papa!..."

Y decía tantas veces "¡rica papa!" porque ya eran las cuatro de la tarde, y tenía muchas ganas de tomar té con leche. El loro se había olvidado de que los bichos del monte no toman té con leche, y por esto lo convidó al tigre.

—¡Rico té con leche!- le dijo-. "¡Buen día, Pedrito!..." ¿Quieres tomar té con leche conmigo, amigo tigre?

Pero el tigre se puso furioso porque creyó que el loro se reía de él, y además, como tenía a su vez hambre se quiso comer al pájaro hablador. Así que le contestó:

—¡Bue-no! ¡Acérca-te un po-co que soy sordo!

El tigre no era sordo; lo que quería era que Pedrito se acercara mucho para agarrarlo de un zarpazo. Pero el loro no pensaba sino en el gusto que tendrían en la casa cuando él se presentara a tomar té con leche con aquel magnífico amigo. Y voló hasta otra rama más cerca del suelo.

—¡Rica papa, en casa! -repitió, gritando cuanto podía.

—¡Más cer-ca! ¡No oi-go!-respondió el tigre con su voz ronca.

El loro se acercó un poco más y dijo:

—¡Rico té con leche!

—¡Más cer-ca toda-vía! — repitió el tigre.

El pobre loro se acercó aún más, y en ese momento el tigre dio un terrible salto, tan alto como una casa, y alcanzó con la punta de las uñas a Pedrito. No alcanzó a matarlo, pero le arrancó todas las plumas del lomo y la cola entera. No le quedó una sola pluma en la cola.

—¡Tomá! - Rugió el tigre—. Andá a tomar té con leche...

El loro, gritando de dolor y de miedo, se fue volando, pero no podía volar bien, porque le faltaba la cola que es como el timón de los pájaros. Volaba cayéndose en el aire de un lado para otro, y todos los pájaros que lo encontraban se alejaban asustados de aquel bicho raro.

Por fin pudo llegar a la casa, y lo primero que hizo fue mirarse en el espejo de la cocinera. ¡Pobre Pedrito! Era el pájaro más raro y más feo que puede darse, todo pelado, todo rabón y temblando de frío. ¿Cómo iba a presentarse en el comedor; con esa figura? Voló entonces hasta el hueco que había en el tronco de un eucalipto y que era como una cueva, y se escondió en el fondo, tiritando de frío y de vergüenza.

Pero entretanto, en el comedor todos extrañaban su ausencia:

—¿Dónde estará Pedrito? —decían. Y llamaban: —¡Pedrito! ¡Rica papa, Pedrito! ¡Té con leche, Pedrito!

Pero Pedrito no se movía de su cueva, ni respondía nada, mudo y quieto. Lo buscaron por todas partes, pero el loro no apareció. Todos creyeron entonces que Pedrito había muerto, y los chicos se echaron a llorar.

Todas las tardes, a la hora del té, se acordaban siempre del loro, y recordaban también cuánto le gustaba comer pan mojado en té con leche. ¡Pobre Pedrito! Nunca más lo verían porque había muerto.

Pero Pedrito no había muerto, sino que continuaba en su cueva sin dejarse ver por nadie, porque sentía mucha vergüenza de verse pelado como un ratón. De noche bajaba a comer y subía en seguida. De madrugada descendía de nuevo, muy ligero, e iba a mirarse en el espejo de la cocinera, siempre muy triste porque las plumas tardaban mucho en crecer.

Hasta que por fin un día, o una tarde, la familia sentada a la mesa a la hora del té vio entrar a Pedrito muy tranquilo, balanceándose como si nada hubiera pasado. Todos se querían morir, morir de gusto cuando lo vieron bien vivo y con lindísimas plumas.

—¡Pedrito, lorito! — le decían—. ¡Qué te pasó, Pedrito! ¡Qué plumas brillantes que tiene el lorito!

Pero no sabían que eran plumas nuevas, y Pedrito, muy serio, no decía tampoco una palabra. No hacía sino comer pan mojado en té con leche. Pero lo que es hablar, ni una sola palabra.

Por eso, el dueño de casa se sorprendió mucho cuando a la mañana siguiente el loro fue volando a pararse en su hombro, charlando como un loco. En dos minutos le contó lo que había pasado: Un paseo al Paraguay, su encuentro con el tigre, y lo demás; y concluía cada cuento cantando:

—¡Ni una pluma en la cola de Pedrito! ¡Ni una pluma! ¡Ni una pluma!

Y lo invitó a ir a cazar al tigre entre los dos.

El dueño de casa, que precisamente iba en ese momento a comprar una piel de tigre que le hacía falta para la estufa, quedó muy contento de poderla tener gratis. Y volviendo a entrar en la casa para tomar la escopeta, emprendió junto con Pedrito el viaje al Paraguay. Convinieron en que cuando Pedrito viera al Tigre, lo distraería charlando, para que el hombre pudiera acercarse despacito con la escopeta.

Y así pasó. El loro, sentado en una rama del árbol, charlaba y charlaba, mirando al mismo tiempo a todos lados, para ver si veía al tigre. Y por fin sintió un ruido de ramas partidas, y vio de repente debajo del árbol dos luces verdes fijadas en él: eran los ojos del tigre.

Entonces el loro se puso a gritar:

—¡Lindo día!... ¡Rica papa!... ¡Rico té con leche!... ¿Querés té con leche?...

El tigre enojadísimo al reconocer a aquel loro pelado que él creía haber muerto, y que tenía otra vez lindísimas plumas, juró que esa vez no se le escaparía, y de sus ojos brotaron dos rayos de ira cuando respondió con su voz ronca:

—¡Acer-ca-te más! ¡Soy sor-do!

El loro voló a otra rama más próxima, siempre charlando:

—¡Rico, pan con leche! ... ¡está al pie de este árbol!...

Al oír estas últimas palabras, el tigre lanzó un rugido y se levantó de un salto.

—¿Con quién estás hablando?- bramó-. ¿A quién le has dicho que estoy al pie de este árbol?

—¡A nadie, a nadie! — gritó el loro—. ¡Buen día, Pedrito! ... ¡La pata, lorito!...

Y seguía charlando y saltando de rama en rama, y acercándose. Pero él había dicho: está al pie de este árbol para avisarle al hombre, que se iba arrimando bien agachado y con la escopeta al hombro.

Y llegó un momento en que el loro no pudo acercarse más, porque si no, caía en la boca del tigre, y entonces gritó:

—"¡Rica papa! ...¡atención!

—¡Más cer-ca aún! -rugió el tigre, agachándose para saltar.

—¡Rico, té con leche!... ¡cuidado va a saltar!

Y el tigre saltó, en efecto. Dio un enorme salto, que el loro evitó lanzándose al mismo tiempo como una flecha en el aire. Pero también en ese mismo instante el hombre, que tenía el cañón de la escopeta recostado contra un tronco para hacer bien la puntería, apretó el gatillo, y nueve balines del tamaño de un garbanzo cada uno entraron como un rayo en el corazón del tigre, que lanzando un bramido que hizo temblar el monte entero, cayó muerto.

Pero el loro, ¡qué gritos de alegría daba! ¡Estaba loco de contento, porque se había vengado—¡y bien vengado!— del feísimo animal que le había sacado las plumas!

El hombre estaba también muy contento, porque matar a un tigre es cosa difícil, y, además, tenía la piel para la estufa del comedor.

Cuando llegaron a la casa, todos supieron por qué Pedrito había estado tanto tiempo oculto en el hueco del árbol y todos lo felicitaron por la hazaña que había hecho.

Vivieron en adelante muy contentos. Pero el loro no se olvidaba de lo que le había hecho el tigre, y todas las tardes, cuando entraba en el comedor para tomar el té se acercaba siempre a la piel del tigre, tendida delante de la estufa, y lo invitaba a tomar té con leche.

—¡Rica papa!... —le decía—. ¿Querés té con leche?... ¡La papa para el tigre!...

Y todos se morían de risa. Y Pedrito también.

Actividad de expresión creativa: Ilustra el cuento

Luego de comentar los valores encontrados como: la **confianza** cuando Pedrito tuvo la calma de contar al dueño de la casa lo que le había ocurrido; **agradecimiento** con los hijos del dueño de la casa cuando lo curaron y cuidaron brindándole alimento y abrigo.

Divide al grupo en equipos de cinco integrantes y entrega un lienzo de papel Kraft lo suficientemente largo para que cada niño dibuje la escena que le corresponda o bien, un trozo de cartulina para que cada chico pueda trabajar en su dibujo, sin que se estorben entre ellos. Se trata de un dibujo individual pero el trabajo final es colectivo y secuencial. Para ello, prepara el texto en cinco partes y antes de que inicies la lectura, gritarás el número para que cada participante sepa en qué momento empezará a dibujar. Facilita los materiales necesarios, como son colores, pintura acrílica o acuarelas.



Cierre

Para finalizar y con base en sus ilustraciones cada equipo narrará la historia de Pedrito. Agradece su participación e informa que para concluir el taller pintarán un cuadro con sus propias manos y que procuren llevar una playera viejita para evitar manchar su ropa.

Sesión 5: Las medias de los flamencos

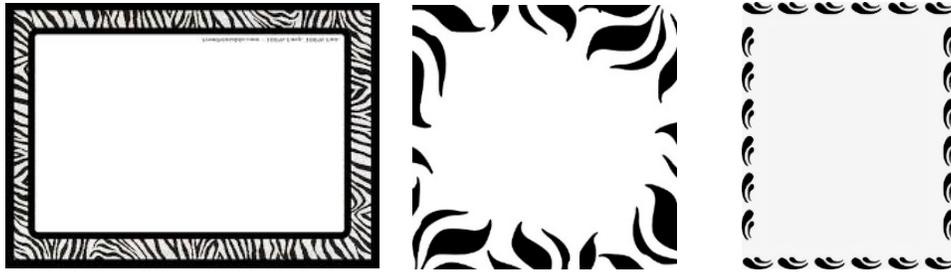


Da la bienvenida a los participantes e informa que después de la lectura, podrán pintar un cuadro de los personajes del cuento con las manos. Emplearán la técnica “dactilopintura” que favorece el desarrollo de la sensibilidad visual, táctil y kinestésica, motricidad, coordinación visomotora, expresión y creatividad. También es útil como agente de liberación y un excelente medio para eliminar las inhibiciones. Además, aporta entretenimiento, diversión, fortalecimiento de la autoestima y una gran satisfacción.

Aunque hablamos de pintar con los dedos, esta técnica puede desarrollarse empleando: palmas, dedos, uñas, nudillos, codos, antebrazos e incluso los pies. Debemos recordar que el objetivo de la actividad es el disfrute de los niños al experimentar con su percepción y no la creación de productos artísticos. Lo importante es el proceso y no el producto.

Actividad de expresión creativa: Decoro mi marco

Para la primera parte de esta sesión entrega a cada niño un 1/8 de papel ilustración, cascarón o cartulina blanca. Pide que elaboren un margen, a manera de marco y que lo decoren como ellos decidan. Pueden hacer un margen con la diamantina con pegamento.



La segunda parte será al final de la lectura y podrán terminar su trabajo creativo. Tú les puedes dar ideas, sugerir o mostrar algunos ejemplos.

Actividad de lectura

Previamente selecciona algunos diccionarios o enciclopedias, que aborden el tema de los flamencos. Antes de la lectura del cuento, plantea las siguientes interrogantes. ¿Conocen los flamencos? ¿De qué colores son? ¿Por qué se pueden sostener en una pata? ¿Por qué son de color rosa? Si no conocen la respuesta, indícales que investiguen en los libros que dispusiste para ello, o bien, consultar en Internet. Luego de sus aportaciones, proporciónales la información científica. Un grupo de investigadores estadounidenses, descubrió que estas aves se posan sobre una pata para ahorrar energía, esta posición no requiere un esfuerzo muscular activo, ya que los flamencos alternan la pata sobre la que se mantienen en pie, lo que les permite regular la temperatura corporal. Invítalos a investigar más sobre estas aves en la biblioteca.

Ahora, comenta que conocerán las simpáticas respuestas que Horacio Quiroga plasma en su relato.

Las medias de los flamencos

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y a los sapos, a los flamencos y a los yacarés, y a los pescados. Los pescados, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río los pescados estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el pescuezo un collar de bananas, y fumaban cigarrillos paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de pescado en todo el cuerpo; y caminaban meneándose, como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los pescados les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgada como un farolito una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina, del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas levaban una pollerita de tul colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas, otra de tul amarillo; y las yararás, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las yararás.

Y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras, y bailaban como serpentinas. Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas en la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido como adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de las víboras de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentinas, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un almacén del pueblo.

—¡Tan-tan! — pegaron con las patas.

—¿Quién es?— respondió el almacenero.

—Somos los flamencos. ¿Tienes medias coloradas, blancas y negras?

—No, no hay—contestó el almacenero—. ¿Están locos? En ninguna parte va a encontrar medias así.

Los flamencos fueron entonces a otro almacén.

—¡Tan-tan! ¿Tienes medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero contestó:

—¿Cómo dice? ¿Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos. ¿Quiénes son?

—Somos los flamencos— respondieron ellos.

Y el hombre dijo:

—Entonces son con seguridad flamencos locos.

Fueron a otro almacén.

—¡Tan-tan! ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero gritó:

—¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse en seguida!

Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.

Entonces un tatú, que había ido a tomar agua al río, se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

—¡Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedir las por encomienda postal. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pídanse las, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza. Y le dijeron:

—¡Buenas noches lechuza! Venimos a pedirte las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras, y si nos ponemos esas medias, las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

—¡Con mucho gusto! — respondió la lechuza—. Esperen un segundo, y vuelvo en seguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

—Aquí están las medias— les dijo la lechuza—. No se preocupen de nada, sino de una sola cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de costado, de pico, de cabeza, como ustedes quieran; pero no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no comprendían bien qué gran peligro había para ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras de coral, como medias, metiendo las patas dentro de los cueros, que eran como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos, únicamente, y como los flamencos no dejaban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas, se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también tratando de tocar con la lengua las patas de los flamencos, porque la lengua

de las víboras es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban y bailaban sin cesar aunque estaban cansadísimos y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron en seguida a las ranas sus farolitos, que eran bichitos de luz, y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después, un flamenco, que ya no podía más, tropezó con el cigarro de un yacaré, se tambaleó y cayó de costado. En seguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos, y alumbraron bien las patas del flamenco. Y vieron qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraná.

—¡No son medias! — gritaron las víboras—. ¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! ¡Los flamencos han matado a nuestras hermanas y se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víboras de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola pata. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron a mordiscones las medias. Les arrancaron las medias a pedazos, enfurecidas, y les mordían también las patas, para que murieran.

Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro sin que las víboras de coral se desenroscaran de sus patas. Hasta que al fin, viendo que ya no quedaba un solo pedazo de media, las víboras los dejaron libres, cansadas y arreglándose las gasas de sus trajes de baile.

Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido, eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron, corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor. Gritaban de dolor, y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días, y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre de color de sangre, porque estaban envenenadas.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por la tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven en seguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirla.

Esta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los pescados saben por qué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pescadito se acerca demasiado a burlarse de ellos.

Actividad de expresión creativa: Pintando con “mis manos”

En el mismo papel cascarón, ilustración o cartulina en el que elaboraron su marco decorativo, pintarán un cuadro “con sus propias manos”. Para ello, entrega pintura para dedos o dactilopintura para su actividad. Les darás las instrucciones de cómo dejar impresas sus manos en el lienzo. Guíalos según el modelo que vayan a pintar.

A continuación te ofrecemos algunos ejemplos.



Cierre

Reflexiona con el grupo acerca de los valores que identificaron en el cuento, entre los que destacan: **amor filial**, cuando las serpientes se indignan por la muerte de sus hermanas; **justicia**, cuando las víboras se dan cuenta que las medias eran de la misma piel de víbora y se lanzaron contra los flamencos enojados porque creyeron que ellos habían matado a sus hermanas; **inocencia**, cuando los flamencos confiaron en la ayuda que les brindó la cuñada de la lechuza; **amistad**, cuando las serpientes invitan a todos al baile; **bondad**: cuando la cuñada de la lechuza amablemente se ofrece a conseguir a los flamencos, las medias para que asistieran a la fiesta.

Agradece su asistencia y participación al Taller y motívalos a seguir asistiendo a la biblioteca y conozcan todos los servicios que ésta les ofrece. Invítalos a que lean otros títulos de Horacio Quiroga, así como los tres relatos que conforman sus *Cuentos de la selva*, con su estilo tan exclusivo: breve, conciso y de una particular originalidad en la que combina elementos reales con fantásticos, y pone en el mismo plano al hombre y a los animales, integrándolos al ambiente de la selva en un marco único e irrepetible.

Bibliografía

Quiroga, Horacio, *Cuentos de la selva*, Editores Mexicanos Unidos, 1993, Cuentos uruguayos siglo XIX. 863.0/Q57C83.

Referencias electrónicas

<https://drive.google.com/file/d/0B2TTZ1wvMQ0MamVFbnJMbnIDNHR2aVBhUUU5Vk81Tzlyblhr/view> Google (+) Cuentos completos en PDF

http://dgb.cultura.gob.mx/infantil_DGB02.php

(Libro infantil de la Dirección General de Bibliotecas de la Secretaría de Cultura).

<https://www.pinterest.com.mx/pin/756956649841537303/>.

<http://obrafavorita.com/resumen-cuentos-de-la-selva-de-horacio-quiroga>.

https://es.wikipedia.org/wiki/Cuentos_de_la_selva

<https://www.youtube.com/watch?v=HGxogeBCCmw>

file:///C:/Users/beckh/Downloads/mrprintables-snake-finger-puppets-blank%20(1).pdf (plantilla de serpiente/marioneta de dedos).

<https://www.pinterest.se/pin/451134087648745501/> (Tableros de serpientes y escaleras)

<https://mrprintables.com/snake-finger-puppets/>.

<https://www.pinterest.es/pin/150659550013632433>

<https://www.dreamstime.com/stock-images-invitation-border-frame-image19562154> (marcos decorados).

<https://mascotas.mercola.com/sitios/mascotas/archivo/2016/03/04/10-datos-sobre-los-loros.aspx>.

<http://valentinaecheverria.com/Cuentos-de-la-Selva-Audiocuentos>

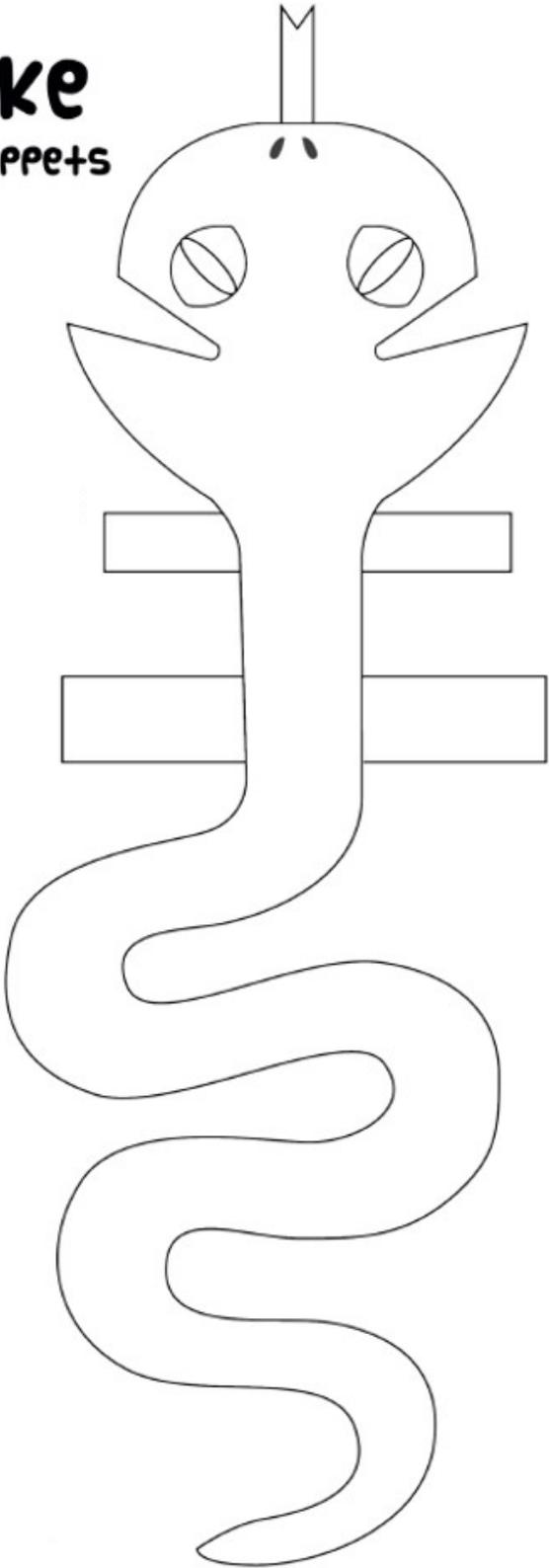
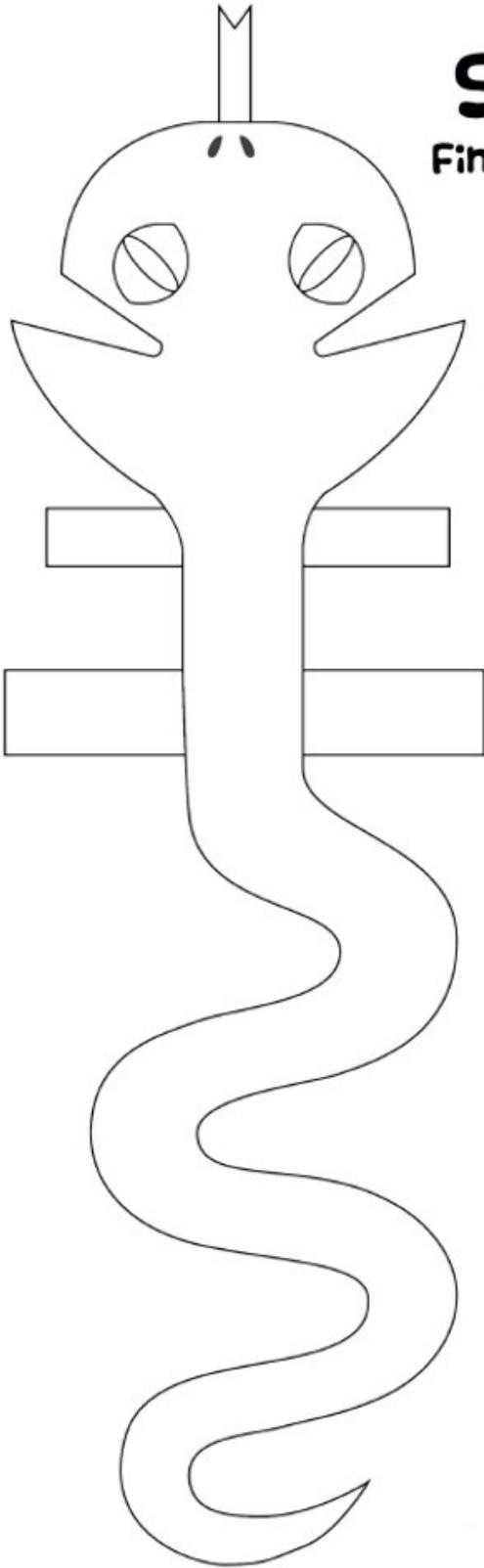
<https://www.youtube.com/watch?v=B164Woss2E8> (audiolibro completo con los 8 cuentos).

<https://www.youtube.com/watch?v=B164Woss2E8> (audiolibros).

<https://www.pinterest.es/pin/127015651971427865/>.

Snake

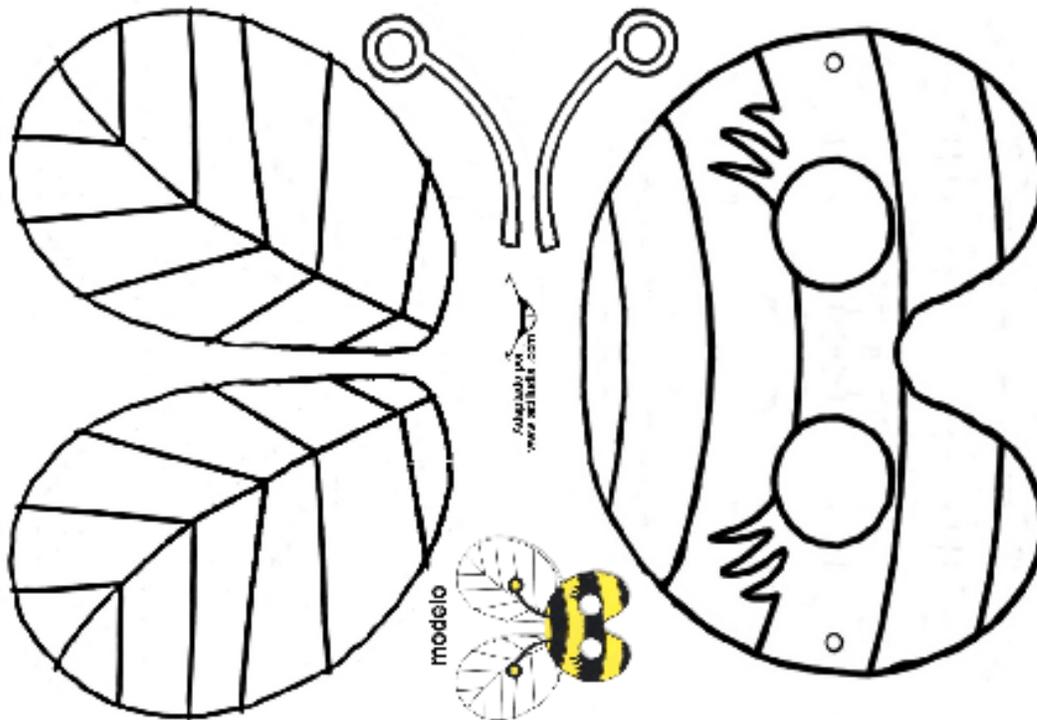
Finger Puppets

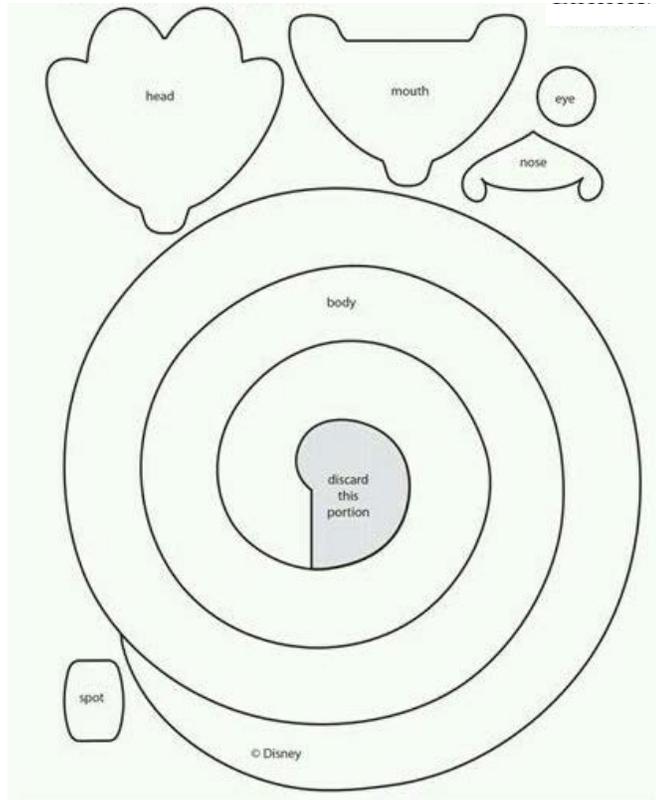


Anexo 2

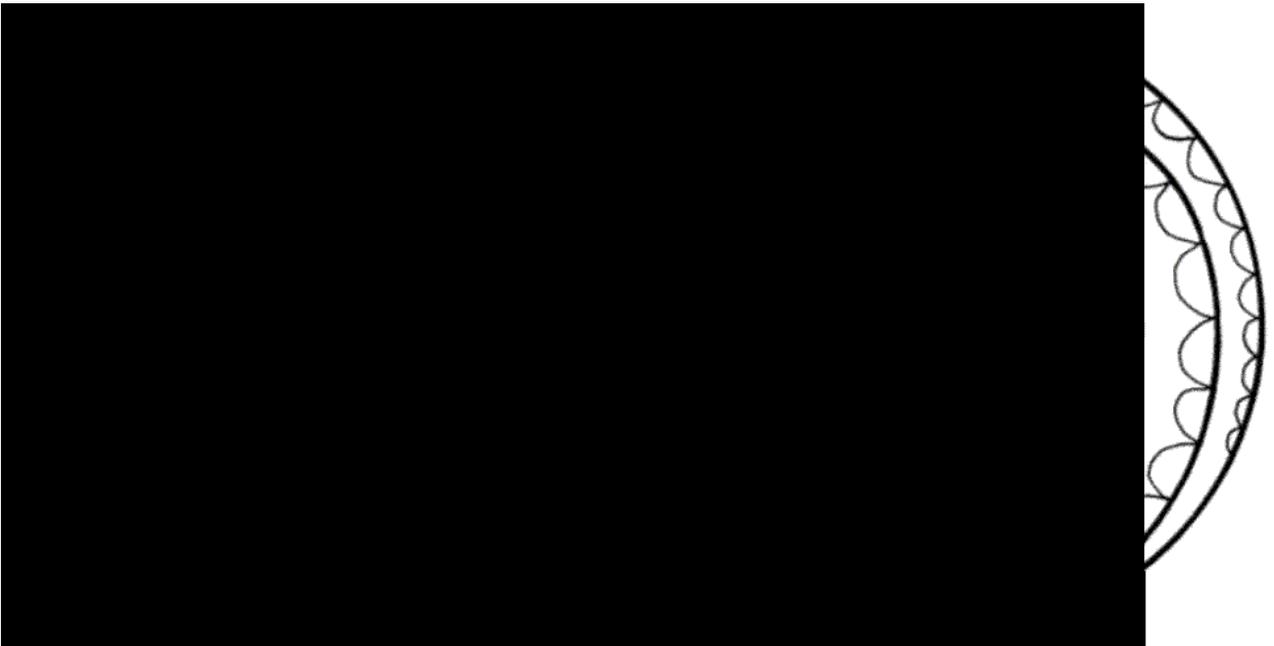


Anexo 3





Otros modelos de serpiente



Anexo 4

